



FESTIVAL DE MALAMBO

Guerriero y otras
realidades
latinoamericanas

Página 3



CONTRATAPA

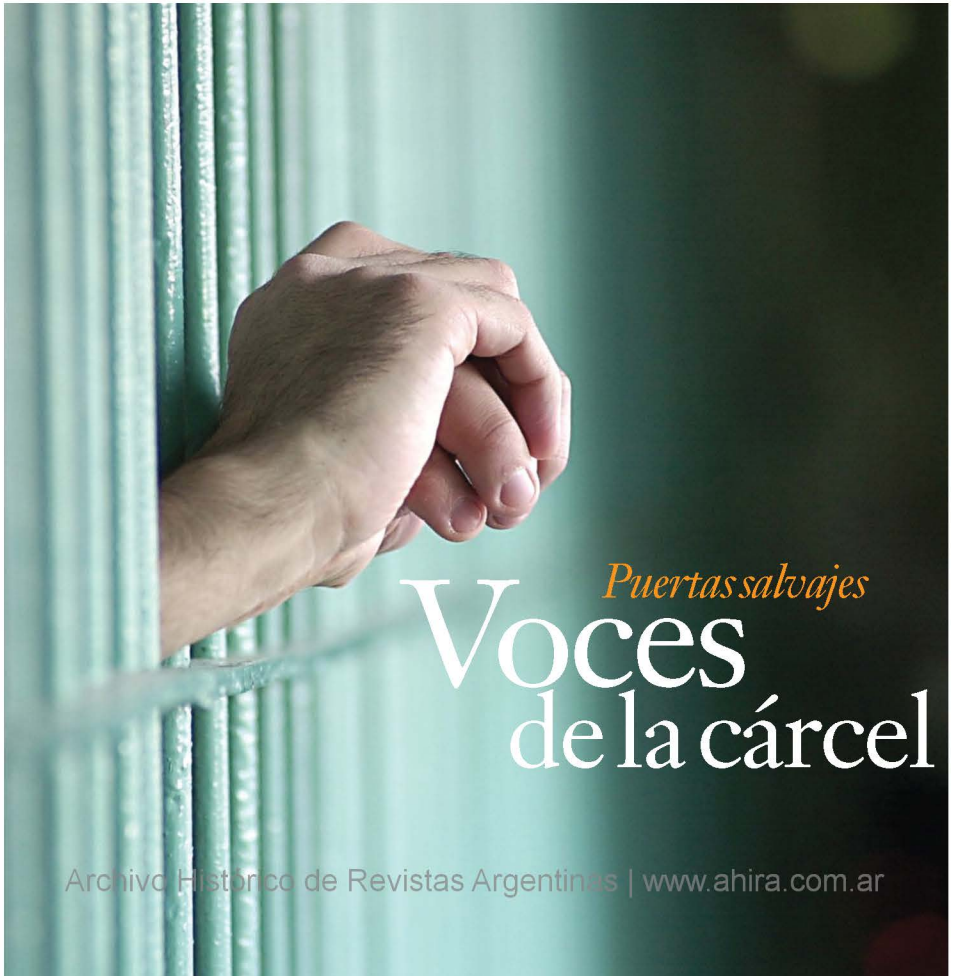
John Dee, el
preferido de los
angelitos de Dios

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 104 | JUEVES 28 DE NOVIEMBRE DE 2013



Puertas salvajes
Voces
de la cárcel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El estudio Mario Gallina publicó *Estoy hecho de cine*, un volumen de 212 páginas que contiene conversaciones con el cineasta José Martínez Suárez, referente de la Generación del 60 y actual presidente del Festival de Mar del Plata. Autor de numerosos libros sobre Carlos Hugo Christensen, Osvaldo Miranda, Lolita Torres, Virginia Luque y Hugo del Carril, entre otros, Gallina es también

actor y sobre todo un apasionado cronista del cine argentino, que describe con minuciosidad desde sus pagos oceánicos de Miramar. *Estoy hecho de cine* es el resultado de varias charlas entre el escritor y el cineasta, pero su estilo coloquial hace que parezca una sola jornada en la que se entremezclan los recuerdos, las anécdotas compartidas, el chiste irónico y el dato erudito.



Voces de la cárcel

Puertas salvajes



Las puertas de la imaginación, las cavilaciones, la invención, los sueños, la digresión, son a veces las únicas que ceden a los cerrojos de las prisiones, como lo certifica la antología de poesía *Puertas Salvajes* de los internos de la Unidad Penitenciaria número 48 de la localidad bonaerense de José León Suárez.

La compilación de los 19 poetas—todos pertenecientes a un taller literario que funciona los miércoles de 14 a 18, que lleva el nombre de un gran escritor argentino asesinado por la dictadura, “Rodolfo Walsh”—estuvo a cargo de los poetas Cristina Domenech y Pedro Nazar, quienes coordinan dicho espacio con el apoyo de la Universidad Nacional de San Martín.

Puertas Salvajes tiene un antecedente en la antología *Ondas de Hiroshima* de 2010, también preparada por Domenech y Nazar con internos del “Walsh”, y que cuenta ya con tres ediciones.

Al igual que en aquella primera compilación, en este último libro (cuyo título está tomado de versos del interno Mario Cruz que aluden a unas puertas salvajes rechinando en un “tiempo oxidado”) hay temas recurrentes: la muerte, la esperanza, el tiempo, la soledad, la libertad.

Sobre un término que se repite en varios poemas, “el aire”, en alusión al movimiento, al volar, expresa Nazar: “Sin duda la palabra libertad es muy importante para ellos, todos los poemas atraviesan por ahí. Pero no tanto la libertad, como la cualidad catrónica del aire en el sentido aristotélico en el que uno se identifica”. “Me refiero a que cuando es-



PRESENTACIÓN DE *PUERTAS SALVAJES*. CRISTINA DOMENECH, EDUARDO JOZAMI Y PEDRO NAZAR ESCUCHAN A UNO DE LOS INTEGRANTES DEL TALLER DE POESÍA.

criben en la forma en que lo hacen, son cosas que se están rompiendo una estructura del lenguaje que no los dejaba cambiar de mentalidad y los reducía a discursos de marginalidad social. “Quiero cambiar mi lenguaje para cambiar el mundo”, dice un interno; ese es el aire que se respira en el libro”.

Destacan en *Puertas Salvajes*, entre otras voces, las de Rodrigo Alfonso, Julián Galeano, Bruno Ledesma, Anthony Leiva, Diego Valerga, Eduardo Metica (quien escribe que dentro de cada preso: “El corazón late libertad”) y Nicolás Dorado.

A éste último, poeta de indudable originalidad y fuerza metafórica, lo califica Domenech como “una revelación extraordinaria, su poesía nos hace preguntarnos una y otra vez por el poder de la palabra poética y su fuerza como arma de combate”.

Sobre el tema del tiempo—otro de los tópicos que se repite en el libro—apunta Domenech que tiene que ver con el hecho de que los internos “conviven con la violencia, y el tiempo es algo violento para ellos. Es el transcurrir sin futuro lo que los demuele. Con eso trabajamos mucho. Con la idea de que el futuro, o sea el presente, se construye a cada instante”.

Si en antologías similares prevalecen textos con un cierto tono expositivo, de desahogo, de reclamo, a ratos con expresiones que buscan un interlocutor tras los muros, en *Puertas Salvajes* prima un clima intimista. Explica Nazar: “La consigna del taller es clara; la poesía es un arma para romper la lógica de la mirada o del lenguaje.

Es por eso que creo que no es necesario caer en la típica estética que se usa para escribir un poema, con la búsqueda de la metáfora, llegan a sentir que están realmente rompiendo con otro sistema terriblemente caudalario en el lenguaje”.
Es no sentir una necesidad de

reclamo, prosigue Nazar, “puede deberse a que su libertad comienza cuando empiezan a escribir; creo que un mérito del taller es que realmente ellos lo sientan así”. La dinámica del trabajo—según Domenech—pasa por acercarle al interno fotocopias de poemas de épocas y estéticas diversas, proponer lecturas y consignas de trabajo: “Que funcionen como una excusa, una herramienta que permita generar escritura abierta para romper con la literalidad”, dice.
Y acota que en lo que va del 2013 el grupo recibió algo de teoría literaria y además “leemos ensayos, antologías y todo aquello que sirva para pensar qué es la literatura, la escritura”.

Entre aquellos textos y autores que son requeridos con mayor asiduidad por los integrantes del taller están poemas de Alejandra Pizarnik, Pablo Neruda, Dylan Thomas y Rogelio Nogueras.

“Creo que en esto coincidimos con Cristina, no hay preferencia, lo importante es que el poema trabaje ese tipo de ruptura de la que hablé antes.

Buscamos poemas que inquieten, que sacudan, que usen metáfora, que salgan del lugar común, que genere sentidos nuevos, que trabaje con el lenguaje”, dice.

Domenech enfatiza el interés de los internos por el taller. “Es impresionante; empiezan a “peder escribir” por fuera de lo que toda la vida pensaron; es muy fuerte; hay una apertura hacia otro espacio, otro tiempo, otro mundo, el de la libertad, y así lo expresan. Es una libertad que nadie les puede quitar”, agrega.

Poetas bonaerenses y graduados en Letras, Domenech y Nazar cuentan con una sostenida producción; la primera lleva editados—entre otros títulos los libros—*Impalpable* y *Tierra negra*; en tanto Nazar, quien tiene en su haber dos discos como cantautor, publicó los poemarios: *Como brumbrumbre de pena* y *Pez Negro*.

Sobre una atmósfera evocativa y ligeramente onírica se despliega *Informe del interior*, la nueva obra de Paul Auster que ensambla recuerdos fragmentarios al rescate de su vocación literaria y otros sucesos en los que la infancia vehiculiza la relación con la memoria y prefigura la intensa vinculación con las palabras. El registro autobiográfico es una instancia crucial en la narrativa de

Auster: en paralelo a sus novelas, el autor ha revisitado su vida y sus paradigmas literarios en textos como *La invención de la soledad* (1982), *El cuaderno rojo* (1993) o *Experimentos con la verdad* (2001). Precisamente *Informe del interior*, publicado por Anagrama, clausura esa suerte de trilogía informal que arrancó *A salto de mata* y continuó con *Diario de invierno*.



Guerriero y otras realidades latinoamericanas que contar

→ DOLORES PRUNEDA PAZ

Una historia sencilla da título a una crónica de Leila Guerriero que no sólo hecha luz sobre el festival de malambo más secreto y prestigioso del país, también sobre el oficio de cronista en una Latinoamérica estereotipada y sobre la soledad más íntima, la del instante previo al acto que puede doblar el rumbo de una vida.

Esta es la crónica del Festival Nacional de Malambo de Laborde y sus competidores, quienes se dan cita una vez al año en esa ciudad cordobesa para medirse en esta competencia, que en un mismo acto significa su consagración y aniquilación porque el campeón no podrá competir más en su vida.

Laborde es un pueblo de seis mil habitantes en la pampa húmeda donde se juega esta tragedia griega: Los malambos son los atletas que durante cinco minutos deberán mantener la misma exigencia que un corredor de 100 metros llanos; y el vencedor deviene héroe que habrá dado su última batalla a ser olvidado si decide volver a competir.

La crónica publicada por Anagrama lo resume como “follore

sin remùx”, “no efectista”, “apegado a la tradición”; “la cúspide y el fin”; Y Guerriero describe: “Como los toreros, como los animales de raza pura, reciben el título de campeón”; el premio es una copa sencilla firmada por un artesano local donde se llevan “todo lo que no se ve”, “prestigio” y “reverencia”, “consagración” y “respeto”.

Laborde es además un festival que desde 1966, hace 47 años, funciona dándole la espalda a las lógicas de mercado; no quiere boleadoras ni espuelas ni velas para impresionar a una audiencia neófitas; no se anuncia en los medios de comunicación; no quiere ser Cosquín ni una fiesta de doma.

Los personajes de Laborde están lejos de “los estereotipos que confirman esa mirada folclórica y antipática de Europa o gringa sobre Latinoamérica”, no son la chicha con guanaco de fondo o el niño con una pistola en la mano en una favela, dice a *Telam* Leila Guerriero.

Los personajes no se revelan más que así mismos, aceptan, “de tras de sus discursos hay unas capacidades muy raras de sobreponerse, de aceptación sin buscar la piedad del otro, algo muy eficaz, una digna resignación”, asegura la cronista, una de las plumas con contemporáneas más destacadas del periodismo narrativo en español.

“¿Qué mundo le estamos contando a la gente? Me hacía estas preguntas sobre mi oficio cuando

escribía o estaba sola con Rodolfo —el joven bailarín que siguió tres años—. Cuando lo veía abriendo su Biblia, dándome la espalda, poniéndose a rezar, sabía que era un momento de una intimidad tremenda y que mi presencia podía marcar la diferencia”, grafica.

“Estaba violando claramente su espacio y sabía que estaba irrumpiendo en un rito poderoso pero muy frágil. ¿Uno debe quedarse? —vuelve a preguntarse—. Sí —se responde—, porque esa mirada tan cercana es súpermirante, esos son los momentos en los que entendés, si yo no lo hubiera visto a Rodolfo en esas circunstancias no sé si hubiera podido”.

Guerriero quería lograr un “metalibrito” dentro de su crónica con esas preguntas: “¿Me interesa leer historias como las de Rodolfo, donde lo pobre no tiene que ver con el margen, lo violento? ¿De verdad tenemos ganas, podemos contarlas?”, repite como un mantra.

Interrogantes que más allá del oficio tuvieron que ver con la intensa solemnidad de los hechos narados: “Laborde es como un templo con mucho de ritual, una ceremonia que, en un momento donde la gente nos motiva pero mantiene el imaginario de ser y parecer”, a quienes pasan

por ahí puede cambiarles la vida para siempre, el campeón deja de ser aprendiz para ser maestro.

Guerriero tradujo esta experiencia en el papel con una prosa parca, corrada con pocas descripciones intensas y pensadamente líricas, que son las de algunos malambo —por definición baile tradicional argentino de gauchos que se desafían con un zapateo sostenido— con la idea de replicar el sonido de esos días en la forma del texto.

“Rodolfo entra al escenario por el costado... perdido en algún lugar que no es de este mundo, apuesto y fatal, alivo como un árbol, transparente como un aire de jaramines... ruge con la astucia de un felino, se desliza con la gracia de un ciervo”, el “era el zumbido de la soledad, era la funia... era lo contrario a la paz”, describe sobre los pocos malambo que tradujo en palabra.

Con esto también buscó aportar clima a un texto que no puede concebir divorciado de su contenido.

Cuando escribe “tienen veintito, veintidós, veintitrés años. Aspiran a tener, sobre el escenario, pero también debajo, lo atributos que suponen ganados y perdidos varias veces en el libro “sirve como mantra —afirma—. Siempre pienso que sin reporte no hay historia pero sin estilo no hay texto”.

La escritora nacida en Junín, Buenos Aires, hace 46 años, auto-

ra de destacadas crónicas como “Los suicidas del fin del mundo” y la premiada “El rastrero en los huesos”, suma nervio y suspenso en esta nueva investigación reservándose de narrar algunos pasajes cruciales que el lector no conocerá hasta el final.

“Es como hacer uopl! y que la cámara se apague, no se sabe”, ríe añadiendo expectación a esta historia que tiene dos épicas, “la del hombre común —que a diario enfrenta una realidad a la que a veces debe bajarle los dientes a golpes— y la del tigre de Bengala, el tipo que frente al espejo de baño saca las rasas”.

Los competidores —chicos humildes, muchos del interior, que trabajan por sueldos mínimos, deben pagar de su bolsillo un entrenador, vestimenta, víaticos y estadía— y se preparan durante años con la exigencia de un atleta olímpico para medirse durante cinco minutos sobre estas tablas y ser amigos o volver a estar.

“Estaba convencida de que iba a contar la historia del festival y terminé siendo la de Rodolfo, en esos cuatro minutos y 52 segundos que lo vi bailar por primera vez, sin tener información sobre qué es el Malambo y que no en el malambo, me puso los pelos de punta”, repasa, y ahí es cuando comienza su historia.

El director de la Biblioteca Nacional, Horacio González, entregó por primera vez los premios Rosa de Cobre, una distinción otorgada a los poetas Juana Bignozzi, Juan Gelman, Rodolfo Godino, Hugo Padeletti, Alejandro Nicotra y Luis Tedesco. En una ceremonia realizada en el Auditorio Jorge Luis Borges, González realizó la creación de este galardón, un reconocimiento honorario "para

aquellos creadores que, con sus obras, forjaron nuestro territorio". "Toda elección es arbitraria -apuntó-, pero quisimos fundar este reconocimiento -despojado de cualquier interés comercial o publicitario- como acto de agradecimiento hacia aquellos que nos han ofrecido generosamente su talento y su trabajo a través de los años y decidimos empezar por la poesía", concluyó.



CONTRATAPA

↳ LEONARDO HUEBE

John Dee

El preferido de los angelitos de Dios

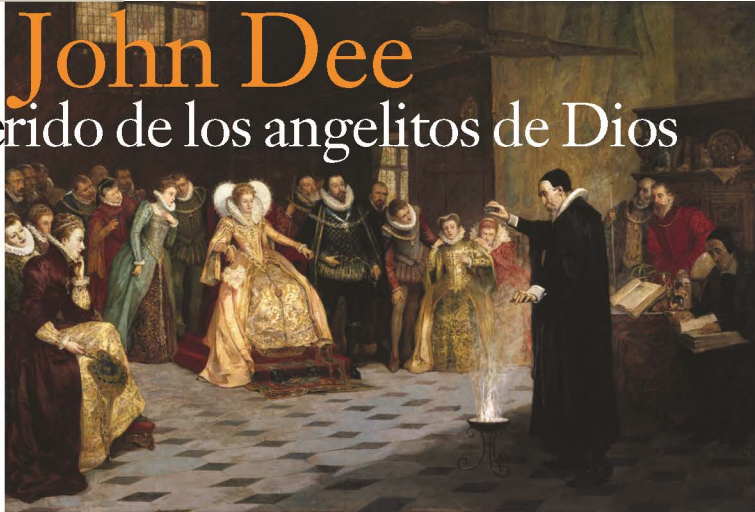
En la primera parte de este artículo sobre el doctor John Dee (ver *Suplemento Literario Telam* 101), se indagó sobre su influencia como astrólogo, matemático y geógrafo dentro de la corte inglesa, así como de sus informes sobre la situación en la parte continental de Europa a la reina Isabel I.

Pero hubo en él otra faceta oculta, y fue la de la búsqueda de comunicarse con seres celestiales, pasión que le costó el prestigio, su biblioteca y la vida.

Desde joven, el doctor Dee había buscado, infructuosamente, comunicarse con "los mensajeros de Dios". El primer contacto se produjo el 25 de mayo de 1581, día en que se le apareció un ser sobrehumano rodeado de luz, al que Dee, en sus *Diarios*, llamó ángel. El ángel le entregó al doctor un trozo de antracita pulido hasta parecer un espejo, y le afirmó que, bien utilizado, en él se reflejarán mundos desconocidos y que le servirá, también, para contactarse con inteligencias diferentes a la humana.

Respecto a esa piedra, hay que decir que actualmente se halla en el "British Museum", junto a otras pertenencias de Dee: una bola de cristal, tres discos grabados con símbolos mágicos y un disco dorado azteca, igual al que poseía Nostradamus. Diferentes organizaciones han pedido a esta institución exponer la piedra a pruebas con carbono 14, para saber si se trata de un extraterrestre, pero el museo se ha negado siempre.

En 1659, Menic Casaubon, publicó *Verdadero y verdadero delo que pasó entre el doctor John Dee y unos espíritus*, donde pueden encontrarse gran parte de sus conversaciones con seres angélicos apuntadas en los *Diarios*. Porque aquella del 25 de mayo no fue la única entrevista, o sí, según lo que cada uno crea sobre la aparición, el 10 de marzo de 1582, en la vida del doctor del ir-



ASTRÓLOGO. JOHN DEE ANTE LA REINA ISABEL I. LUEGO DE PASAR POR LA CORTE CHECA, REGRESARÍA A INGLATERRA, YA BAJO EL REINADO DE JACOBINO I.

landés Edward Kelley (o Talbot, que era su verdadero apellido).

Kelley había sido en el pasado asistente de un mago y se especializaba en descifrar escrituras arcaicas. Según él, en una posada le habían acercado un manuscrito indecifrable y dos bolas de cristal (una rota, que contenía un polvo rojo y otra sin daños, cubierta de un polvo blanco, del que sospechó que podía ser el elemento básico para transmutar metales en oro), artículos a los que compró de inmediato. Contactó a Dee para que lo ayudara a estudiar esos objetos, y se ofreció para ser su médium. El doctor lo aceptó como su ayudante, cuando a partir de que con aquel polvo lograron convertir plomo en oro, sin darle importancia a las cicatrices que le ocupaban el espacio donde deberían estar las orejas de Kelley, mutilación que era el castigo para aquellos que eran acusados de falsificar documentos.

Después de unos tres o cuatro años, y destruyó a ambos.

A esa hora, no lejos río arriba, en una habitación de una casa de una aldea de Mortlake, dos hombres estaban de rodillas ante un globo transparente montado en el centro de una mesa pintada, y aunque había velas encendidas en la habitación, el globo estaba también iluminado por dentro, y alumbraba los rostros de los dos hombres que lo escraban. ¿Qué veían en él? John Dee no veía nada más que la profundidad iluminada de la transparencia de la piedra; el otro hombre, Edward Kelley, veía al ángel Uriel.

Amor y sueño, John Crowley

Dee estaba seguro de que en algún período del pasado los ángeles y los humanos habían cohabitado en la tierra, y de que se comunicaban con un lenguaje común. Por eso, la estrategia fue buscar contacto con aquellos seres que, según el *Libro de Enoch*, fueron enviados para erradicar a los ángeles que habían querido haber desobedecido el orden de Dios y habían esclavizado a la humanidad. Los arcángeles Rafael, Gabriel, Miguel y Uriel fueron los encargados de liberar a los hombres de sus represores. Junto

a Kelley, Dee comienza a investigar las posibilidades de que existiera un lenguaje, al que denominó enoquiano, con el que comunicarse con aquellos arcángeles.

Mirando la bola de cristal, Kelley le dicta al doctor lo que Uriel le explica, o lo que dice que le explica. A Dee no le interesaba aprender de estas terribles cosas relacionadas con la espiritualidad o la nigromancia, sino los secretos de las leyes de la naturaleza o el porvenir de las matemáticas.

Recibe y transcribe en cinco tablas (en las que figuran los cuatro elementos a los que se les suma el éter, la quintaesencia de la que fluye todo) los secretos de aquel lenguaje arcaico.

Kelley se comunica y Dee escribe. En una de esas conversaciones el médium le exige al doctor ciento cincuenta libras esterlinas para prestarle un ángel que se las pida por insistencia. En otra, Madini, un ser celestial con cuerpo humano, le dice que según Kelley debe intercomunicar esposas,

Dee y Kelley dejan la isla y se van al continente, a Praga, a la corte del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rodolfo II. En los primeros años, los dos hombres vivieron sus privilegios en la corte del emperador. En 1586 el doctor le visitó a Rodolfo II el caso de su gobierno y fue expulsado del reino checo.

Kelley estuvo en Praga un tiempo más, haciendo operaciones alquímicas con las que procuraba convertir metales en oro. Tras años de esperar, el emperador se hartó de las excusas de Kelley y lo encerró en las mazmorras del castillo de Krivoklát. Intentando escapar, se rompió una pierna a la que tuvieron que amputársela. Luego de intentar un par más de fraudes fallidos, se enfermó.

Dee volvió a Mortlake, ya con Jacobo I reinando. El rey odiaba a los magos, y no hizo nada para ayudar al antiguo astrólogo de Praga. Paralizado de males, una plaga febril se llevó a su esposa. El doctor comenzó a vender los libros de su biblioteca que no habían sido saqueados para poder comer. En 1608, murió en su casa, a orillas del Támesis.